

Biblioteca-Films

cción **CZAREVICH** 50 cts.



N
PETROVICH

MARIETTA
MILLNER

FLECK, Jacob y Luise

SELECCIÓN BIBLIOTECA FILMS

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234-Apartado, 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Barbará, 16

BARCELONA

"Der Zarwitsch" 1928

* CZAREVICH

EL GRAN AMOR DE UN PRÍNCIPE

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
magistralmente por el gran artista

IVAN PETROVICH

Selecciones GRAN LUXOR

VERDAGUER

FUERA DE PROGRAMA

Consejo de Ciento, 290 Barcelona

REPARTO

Czarevich IVAN PETROVICH

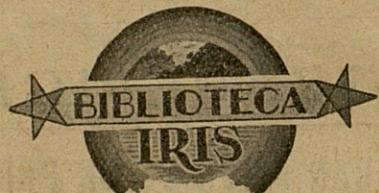
Sonia MARIETTA MILLNER

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

* Screen "Serie" Germany
280, 361

SEÑORITA !!

Pronto aparecerá
el primer tomo de



esta será su lectura predilecta

CORAZONES ORGULLOSOS

Novela sentimental y amorosa,
llena de sublime sacrificio.

UNA peseta tomo

96 páginas
de texto selecto

PEDIDOS A

Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona



UNA FUNCION DE GALA

Si el tiempo fuese una madeja, cuya hebra pudiéramos enrollar nuevamente a nuestro antojo, volveríamos a hilvanar los años pasados hasta la época en que la corte de los Zares causaba la admiración del mundo por la ostentación de su lujo y la magnificencia del ambiente que la rodeaba. A pesar de su proximidad, parece aquélla una época de otro siglo lejano y la fastuosidad que imperaba algo irreal, quimérico, ilusorio, como la fantasía de un cuento de "Las mil y una noches". Pero como para la imaginación no hay espacio de tiempo, sino que vuela a su capricho y albedrío, la nuestra nos transporta en estos momentos en medio de los sumptuosos salones del Palacio Imperial de los Zares y en una de las habitaciones del heredero del trono, del Czarevich, que en aquellos momentos se ejercitaba en el tiro al

blanco. Su aspecto impulsaba desde el primer instante hacia una franca simpatía, y la vigorosidad de sus músculos denotaba claramente la práctica constante de ejercicios. Era, lo que se dice, todo un hombre. Educado en los medios muy masculinos de los cuarteles y las Academias militares, tenía la rudeza leal del soldado, sin el menor reflejo de la flexibilidad del cortesano. Su temperamento enérgico le había alejado algo de la corte y los ministros de la Corona comprendían, con sobrada razón, que nunca llegarían a manejar aquel temperamento inflexible en sus decisiones. Su mejor amigo, su más leal compañero, era Nikita, su ordenanza, quien, a su vez, hubiera dado la vida, sin titubear, con tal de ahorrarle el menor contratiempo a su señor. Su carácter jovial y siempre dispuesto a la broma, alegraba al Czarevich en los momentos de pesimismo y siempre hacía poner la nota cómica en los instantes precisos.

Hizo un nuevo blanco el príncipe, y al ver que no tenía más balas en su pistola, llamó al ordenanza para pedírselas. Entró éste; pero, en vez de traer lo que le había pedido, anunció la visita del Ayudante del Emperador, diciéndole:

—El Ayudante de Su Majestad espera a su Alteza.

—Sin duda, traerá el programa de hoy

—exclamó el príncipe malhumorado—. Hazlo pasar, veremos lo que dispone de mi el señor Presidente.

Segundos después, aparecía en la habitación del Czarevich el Ayudante aludido y, saludando al príncipe, a la vez que le entregaba un pliego:

—Traigo á Su Alteza la Orden del día.

El Czarevich tomó el pliego que le entregaba y leyó su contenido, que decía:

“...a las ocho de la mañana, Su Alteza el Czarevich Alioscha debe salir de Palacio para pasar revista al regimiento de la Guardia; a las diez, revista del regimiento de los Cosacos de Zotnia. A las doce, comida de gala con los oficiales de ambos regimientos; a las cuatro de la tarde, recibir en audiencia al gobernador de Jaratiff; a las nueve, cena con sus oficiales y el gobernador, y a las once, asistir a la función de gala de la Opera.”

—Está bien—dijo el príncipe al terminar la lectura—. Puedes retirarte.

Volvió a salir el ayudante, mientras que el Czarevich, mirando irónicamente el papel que conservaba entre sus manos, decía:

—No hay duda de que este Presidente se cuida mucho de que no tenga libre una hora del día.

Volvió a llamar a Kinita para que lo visitara, con el fin de estar preparado a la hora que se le indicaba.

Mientras tanto, en las austeras habitaciones del Zar era anunciado a Su Majestad su Excelencia el Presidente del Consejo de ministro, Prigoschin. Era un modelo del perfecto cortesano: sinuoso, suave y astuto, condiciones indispensables para conseguir siempre imponer su voluntad en el célebre Palacio de Invierno.

Abrió la carta que llevaba bajo el brazo y sometió a la firma del Zar varios decretos, que Su Majestad iba firmando, sin darle importancia, hasta que se detuvo ante uno y preguntó:

—¿Qué significa éste?

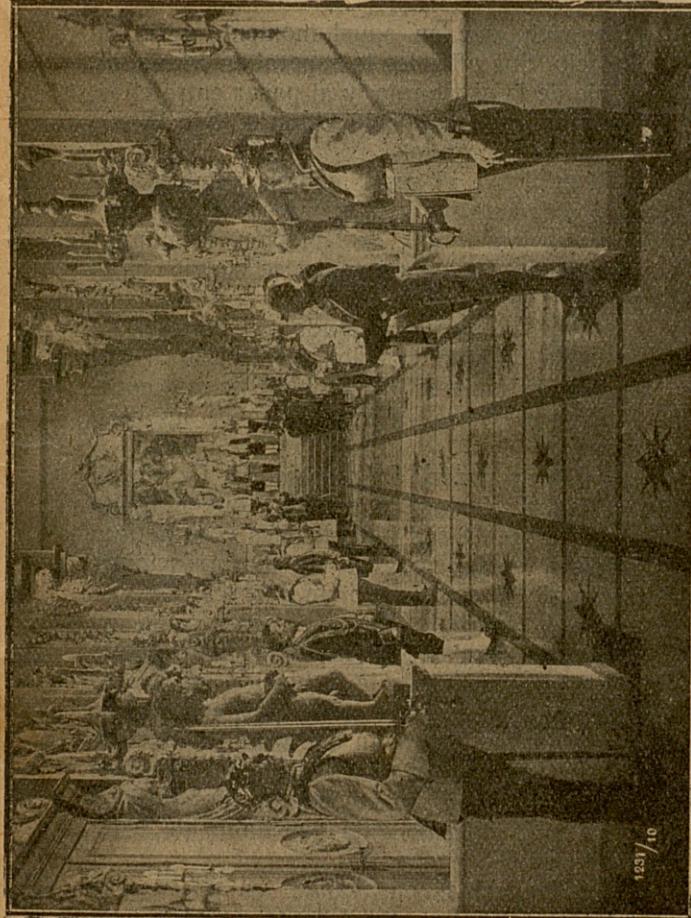
El ministro hizo una leve reverencia y, sonriendo con su fingida hipocresía, respondió:

—Es el decreto referente a la proyectada boda del Czarevich con la princesa Xenia, Majestad.

—¿Y creéis que el Czarevich consienta en esta boda, sin haber dado él su consentimiento?

—Su Alteza, señor, siente una gran indiferencia hacia todas las mujeres, y esto nos ayudará; además, confío en el gran talento del Czarevich, que sabrá comprender el beneficio que reporta para la nación este enlace.

Un toque de corneta llamó la atención del Zar y de su ministro, quienes se acercaron al balcón para ver de qué se trataba. Era el



1931/10

Sus oficiales lo esperaban formados, al pie de la escalinata

Czarevich, que en aquel momento salía de Palacio. Sus oficiales lo esperaban formados, al pie de la escalinata, y al pasar entre ellos, la figura del Czarevich adquiría toda la majestad de su rango.

El ministro, al verlo montar, admirado de la agilidad de sus movimientos, no pudo menos que lanzar una exclamación de admiración, pero inmediatamente se volvió hacia el Zar y le dijo:

—Será preciso ir alejando al Czarevich de esa vida de hombre solo... habituarlo al trato con las mujeres. Ya es hora de que experimente el deseo de la dulzura de un beso femenino.

—Llevas razón, Prigoschin. El Czarevich ha llegado incluso a prohibir que ninguna mujer entre en sus habitaciones y su actitud empieza a dar motivos de murmuraciones. Arréglalo tú como mejor te parezca.

—Muy honrado con la confianza de Su Majestad—exclamó el ministro, retirándose.

En las afueras de la población, el Czarevich se divertía, entre tanto, pasando revista al regimiento, diversión que venía a consistir en uno de sus inocentes placeres, mientras que en la Opera se hacían los preparativos para la función de gala que había de tener lugar aquella noche.

Las bailarinas ensayaban los pasos más difíciles del baile, con el deseo, en cada una,

de ser la elegida de bailar ante el príncipe. El director del coro dió por terminado el ensayo y las muchachas, como palomas que recobran la libertad, corrían de un lado para otro. Solamente una, casi una chiquilla, cuya belleza inmaculada contrastaba con la dulzura de su carácter, permaneció sentada junto a un decorado que hacía en el suelo. Era Sonia Ivanowna, la mejor danzarina del cuerpo de baile, que había ido al teatro por vocación y por necesidad, pero sin que jamás un desmedido afán de lucro manchara sus modestas aspiraciones.

El director se acercó a ella y, procurando dar al tono de sus palabras la mayor amabilidad posible, le dijo:

Esta noche presentarás tus bailes cosacos ante el Czarevich... Te he elegido a ti entre todas las bailarinas del conjunto.

Los bellos ojos de la bailarina brillaron con el fuego de la alegría que le producía aquella noticia, y el director, intentando acariciar a la muchacha, volvió a decirle:

—Espero que sabrás ser más amable conmigo... después de la función ya hablaremos sobre este particular.

Todo el regocijo que experimentara Sonia al saber que iba aquella noche al bailar ante el Czarevich se esfumó ante la pretensión de aquel ser antipático y tirano, que creía encontrar en cada bailarina una esclava dis-

puesta siempre a satisfacer sus odiosas y nauseabundas exigencias; pero la confianza que tenía en sí misma le hizo desechar todo temor y su alma se abrió nuevamente al optimismo. Corrió a su casa para hacer partícipe de su alegría a su hermano, el único ser a quien amaba en el mundo, y mientras cenaban le dijo:

—¡Esta noche voy a bailar ante el Czarevich!

Gregorio Ivanowna, el hermano de Sonia, y celoso guardián del honor de la joven, que nunca había podido ver con buenos ojos que su hermana pisase el terreno frágil y resbaladizo del teatro, expresó una vez más su de contento, diciéndole:

—Cada vez me disgusta más la peligrosa profesión que has tomado, Sonia.

La muchacha le echó los brazos al cuello, riendo alegremente, y respondió:

—No vuelvas a lo de siempre, Gregorio... Ya verás... ¡La noche de hoy será de gran importancia para mi porvenir!...

Y a aquella hora, aprovechando la ausencia del Czarevich, entraba en las habitaciones de éste la condesa Olga Shilkaja, mujer de tan altas ambiciones, que no detenían su vuelo sino ante el corazón del joven príncipe.

Nikita, al ver que dejaba un ramo de flo-

res, lo quitó inmediatamente del búcaro donde lo había puesto y le dijo:

—Condesa, ya sabe usted que está terminantemente prohibido traer flores aquí.

Antes que la aristocrática dama pudiera contestar, sonaron pasos en el pasillo y Nikita, reconociendo los del príncipe, exclamó asustado:

—¡Ahí viene el Czarevich!... ¡Si la encuentra aquí estoy perdido!... ¡Ocúltense en el armario!

Precipitadamente se introdujo la condesa donde le indicaba el ordenanza; pero, al ir a cambiarse el Czarevich de ropa, la vió y quedó sorprendido por su presencia. La condesa, antes que sufrir el malhumor del príncipe, optó por deslizarse y salir de la habitación, mientras que el Czarevich le decía a Nikita:

—¿No sabes que no quiero mujeres en mis habitaciones, idiota? ¡Ahora voy a castigarte como mereces!... ¡Me servirás de blanco!...

El pobre Nikita, temblando de miedo, tomó la vela que le dió el Czarevich para que la sostuviera sobre su cabeza, y antes de que pudiera hacer fuego, exclamó:

—¿No le parece a Su Alteza que podría dejar mi castigo para otro día? Se acerca la hora de ir a la Opera y no tendrá tiempo.

El príncipe se echó a reír al ver el pánico

de su ordenanza y lo tranquilizó diciéndole:

—Tienes razón y suerte. Esto te ha salvado la vida.

Nikita dió un salto de alegría y corrió a preparar la ropa de su señor.

El sumuoso salón de la Opera presentaba aquella noche un aspecto imponente. Lo más aristocrático de la sociedad rusa había acudido aquella noche a presenciar el espectáculo y todas las miradas se dirigían constantemente hacia el palco imperial, que continuaba vacío. Por fin, se abrieron las cortinas de éste y apareció la gallarda figura del príncipe. La orquesta entonó la Marcha Imperial y una salva de aplausos saludó la presencia del Czarevich, que venía acompañado del presidente del Consejo de ministros de la Corona y de la condesa Olga. Cuando hubo correspondido a las muestras de afecto que le tributaba el público, el Czarevich ocupó un sillón entre el ministro y la condesa e inmediatamente se abrió el telón. El espectáculo fué transcurriendo sin interés alguno hasta que apareció Sonia en el escenario. Venía vestida de cosaco, con su pantalón bombacho, las altas botas de montar y la ajustada cosaca. Cubría su cabeza con el clásico gorro y todo en ella le daba la semejanza de un muchacho. La forma maravillosa de ejecutar su baile hizo que el Czarevich no pudiera impedir su admiración y fué el

primero en aplaudir. Como si todos esperaran aquella señal, todo el público se puso en pie, aplaudiendo a la bailarina, y el Czarevich le dijo a su ministro, en el momento de retirarse:

—Mándeme a Palacio a ese joven bailarín... Quiero que me enseñe el baile Karamanka.

—Su Alteza será cumplido—respondió el presidente, dejándole el paso libre. Pero en aquel momento, la condesa, que estaba leyendo el programa, llamó la atención del presidente y le dijo:

—Ahora resulta que este joven bailarín es... una muchacha...

—¡Admirable! — exclamó el presidente, viendo en aquella casualidad el medio de introducir en las habitaciones del Czarevich a una mujer, joven y hermosa...

.....
Coleccione usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

FILMS DE AMOR

LA REVELACION

El éxito de Sonia Ivanowna había sido definitivo, un éxito que la hacía la bailarina obligada de la Ópera y pensaba en la razón que había tenido, al decirle a su hermano que aquella noche sería de gran importancia para su porvenir. Con la alegría que en ella había producido el triunfo olvidó las palabras del profesor de baile y entró en su camerino para cambiarse de ropa. Mas, antes de que pudiera tener tiempo para ello, entró el director, diciéndole:

—Has tenido un éxito formidable, Sonia; lo que se dice un éxito inolvidable. Creo que tampoco olvidarás que es a mí a quien se lo debes.

Y, acercándose a ella, la cogió de una mano, mientras que con el otro brazo pretendía atraerla hacia él para besarla. Sonia se desprendió violentamente de él y corrió hacia la puerta para huir; pero antes de que llegara, el director, de un salto, se colocó delante y exclamó:

—¿Es así como me demuestras tu agradecimiento?

—Desde este momento—exclamó Sonia—no tengo nada que agradecerle. ¡Salga inmediatamente!

—Es imposible, Sonia—respondió el director—. Me gustas demasiado para perderme con tanta facilidad.

—Pues entoces, me iré yo—exclamó Sonia, haciendo intención de quitarlo de la puerta.

Fué inútil. El la estrechó entre sus brazos y los dos luchaban desesperadamente, cuando se abrió la puerta del camerino y apareció el presidente del Consejo. A su vista, el director abandonó inmediatamente a la bailarina y aquél se acercó a ella para decirle:

—El Czarevich desea verla a usted esta misma noche para felicitarla.

—Ruego a Su Excelencia que me permita mudarme de traje antes.

—No es necesario—le respondió el ministro—. Es preferible que vaya usted con este mismo uniforme. Por el camino le daré a usted el resto de las instrucciones.

Sonia, sin detenerse un instante, salió de su camerino, acompañada de Prigoschin, y una vez que estuvieron en el coche que los conducía al Palacio Imperial, éste le dijo:

—Ante todo, he de decirle que Czarevich

vive completamente apartado del trato femenino... ignorante de lo que son las mujeres. Casi se puede decir que las aborrece a todas...

—Entonces, ¿por qué me ha llamado? —preguntó asustada la pobre Sonia.

—Tranquilícese usted, que no le sucederá nada—volvió a decirle el ministro—. Se trata únicamente de que, valiéndose de este disfraz de hombre, entre usted en sus habitaciones y logre conquistar el corazón del Czarevich. Si lo consigue, yo le entregaré una fuerte suma.

Sonia, ante aquella denigrante proposición, se irguió dignamente y exclamó, protestando:

—¡Gracias, Excelencia!... ¡Pero yo no soy una mujer que me vendo!

—Si se niega usted—exclamó Prigoschin sujetándola al ver que hacía ademán de querer apearse del coche—, desobedece usted las órdenes del Czarevich y no tendrá más remedio que encarcelarla. Elija usted.

Sonia comprendió que nada podía hacer en aquella ocasión y esperó estar en presencia del príncipe para solicitar su perdón y que la dejara volver a su casa. Pensando así, llegaron hasta las puertas del Palacio; el ministro la hizo descender y la introdujo en la antecámara del Czarevich, ordenándoles a varios servidores que estaban allí:

—Registren a esta persona.

Los criados ejecutaron inmediatamente la orden y lo primero que le quitaron fué el puñal que Sonia llevaba a la cintura, a lo que exclamó la muchacha.

—¿No ven ustedes que este puñal es de cuero... completamente inofensivo? Lo necesito para el baile.

Convencidos de ello, volvieron a colocarlo donde estaba y Prigoschin le dijo a Nikita:

—Avisa a Su Alteza que ha llegado el joven bailarín de la Opera.

Momentos después, Sonia se encontraba en las habitaciones particulares del Czarevich, sola con él, y éste, al ver el aire cohibido de la joven y en su creencia de que era un hombre, le dijo:

—¿Parece que estás nervioso?...

Sonia permaneció callada en su mismo puesto. El príncipe volvió a decirle:

—¿Tienes miedo de mí?... Acércate... ¿Por qué eres tan tímido?... ¡Ni que fueras una damisela!

Sonia se acercó adonde estaba el Czarevich, y éste, sentándose en el piano, le dijo:

—Quiero ver otra vez tu baile Karamanca; yo te acompañaré al piano.

Y, uniendo la acción a la palabra, se puso a tocar el baile, mientras que Sonia lo ejecutaba a su presencia. El Czarevich, cada vez más entusiasmado con aquel baile, se

levantó del banquillo del piano y, acercándose a Sonia, le dijo con naturalidad:

—Quítate el capote; bailarás mucho mejor sin él.

Al oír esto, Sonia retrocedió atemorizada, llevándose las manos al pecho, para impedir que el príncipe realizará su deseo, ante el temor de que pudiera descubrir su verdadero sexo. Sin embargo, ajeno a aquella idea, en vista de que la bailarina permanecía sin cumplir su orden, quiso darle una muestra de confianza y él mismo desabrochó la casaca, dejando al descubierto la verdadera naturaleza de Sonia. Aquel descubrimiento alteró las facciones del Czarevich hasta tal extremo, que Sonia, temiendo que pudiera ocurrirle algo grave, le suplicó misericordia, diciéndole:

—Yo no quería, Alteza, pero me obligaron... Me dijeron que me encarcelarían si no obedecía las órdenes que se me daban...

—¿Y por qué no me lo dijiste, sin que yo tuviera que descubrirlo?—preguntó el príncipe.

—Yo se lo hubiera dicho, Alteza, al entrar—respondió Sonia—. Pero el ministro me lo ha prohibido.

La agitación del baile y el rubor de verse descubierta habían producido tal sofocación en Sonia, que sus mejillas habían adquirido un color subido de manzana en sazón que

hacía resaltar aún más su belleza. Cualquier hombre, por insensible que fuese, no hubiera podido permanecer indiferente al encanto de aquel rostro de niña, ni ante aquellos divinos ojos, que sabían expresar tanta ternura e ingenuidad. El Czarevich se la quedó mirando, sintiendo interiormente, sin que él mismo se diera cuenta, todo el influjo de aquella belleza extraordinaria y, dejándose guiar por la bondad de su corazón, exclamó, como hablando consigo mismo:

—¡Ya veo el plan! ¡Quieren darme una amante para poderme dominar mejor! ¡Pero no lo conseguirán! Y, volviéndose a la joven, le dijo:

—Tú puedes ayudarme a desbaratar sus proyectos... ¿Quieres?

—Su Alteza dispone de mi vida para todo—respondió Sonia, cada vez más atraída por la simpatía del príncipe, en quien adivinaba a un prisionero en cárcel de oro.

—No tengas miedo a nadie. Yo te defenderé contra todos. Seremos dos buenos camaradas. Desde mañana vivirás aquí, en Palacio, daré órdenes ahora mismo para que te traigan camareras y dispongas varias habitaciones con todo lo que sea necesario a una mujer.

—Gracias, Alteza—respondió Sonia, ganada completamente por la bondad del prín-

cipe—. Yo haré cuanto me mandéis, pero permitidme volver a mi casa...

El príncipe hizo una señal, como dándole a entender que consentía en que se marchara, y la bailarina salió del Palacio Imperial, llevando en su mente la figura del príncipe, rodeada ahora de una aureola mucho mayor de como ella se lo había figurado. Sentía hacia él una simpatía extraordinaria. Diríase que desde aquel momento todo el que palpitaba en ella, sus más nimios pensamientos, eran para él y acariciando la idea de volver a verlo llegó a su casa, mientras que en el Palacio Imperial Nikita contemplaba a su señor y sonreía dichoso, al ver que aquella mujer modificaba en algo el concepto en que el Czarevich tenía a todas las demás.

**¿Quiere usted aprender
los bailes de moda?**

Precio de cada método: **25 Cts.** Pida hoy mismo los métodos de: **TANGO ARGENTINO**
EL CHARLESTON
BLACK - BOTTOM

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de Correo, y 5 cts. para el certificado a **Biblioteca Filma, - Apartado, 707 Barcelona**

EN EL PALACIO IMPERIAL

La vida en el Palacio Imperial transcurría apaciblemente para los dos jóvenes. El Czarevich se había cuidado de que las habitaciones dispuestas para Sonia fueran de un lujo soberbio y que en ella no faltase nada que pudiera desear la coquetería más refinada de una mujer. Servida por camareras puestas a sus órdenes y rodeada de todas las mayores consideraciones, Sonia se creía vivir uno de los cuentos fantásticos de su niñez en los que aparecía el príncipe y la pastorcita, pero sobre todo aquello imperaba en ella la amistad que le había brindado el príncipe y que insensiblemente iba entrando en su corazón, apoderándose de su voluntad y subyugándolo al deseo de él. Procuraba, antes de estar en su presencia, adornarse con sus mejores vestidos, se los probaba infinitas veces, hasta que se aseguraba que su belleza adquiría fuerza con la prenda puesta, y su coquetería, no despertada hasta entonces,

le hacía usar de cuantos procedimientos podía valerse con tal de suscitar la admiración del Czarevich.

Entre tanto, éste, cada día más unido a la bailarina, no se hallaba a gusto más que a su lado. Todas las mañanas, al levantarse, lo primero que hacía era preguntar por ella a Nikita, quien, por su parte, también había sentido la influencia de ella, y se había declarado en un defensor suyo.

Para el Czarevich, la compañía de Sonia había sido un hallazgo misterioso que le hacía olvidar todos sus pesares. Cuando se hallaba junto a ella, le parecía que no existía más mundo que aquella mujer, y al mirarse en sus ojos, en aquellos ojos expresivos y claros como la luz de la luna, sentía que su corazón palpitaba con aceleramiento insospechado. No tardó mucho en convencerse de que aquella joven había despertado en él el mayor apasionamiento de la vida, le había hecho sentir las dulzuras de un amor sincero y apasionado y luchaba contra él, para no descubrirlo a la joven, por miedo a que huiera. ¡Era tan feliz con ella!...

Una mañana, como de costumbre, tan pronto como llegó Nikita a servirle el almuerzo, le preguntó:

—¿Se ha levantado ya la señorita Sonia?
—En este momento se dirige hacia aquí,



Tomó Sonia el instrumento

Alteza—respondió el ordenanza—, y que hoy está mucho más bonita que nunca.

El príncipe se lo quedó mirando, dudando si regañarle o echarse a reír, hasta que, finalmente, viendo la lealtad de su ordenanza, no pudo menos que prorrumpir en una alegría carcajada, repercutida por la Nikita. Los dos se miraron y el Czarevich volvió a sonreír al comprender que su ordenanza había adivinado el sentimiento que lo unía a la ex bailarina.

Al verla llegar, Nikita comprendió que estorbaba, y antes de que el príncipe se lo dijera, abandonó la habitación, dejando solos a los dos enamorados. Sonia venía vestida con un vestido blanco, cuyos vaporosos encajes la hacían aún mucho más bonita, y el príncipe no pudo contener una exclamación de admiración. Sin embargo, quiso ocultar nuevamente el secreto que había estado a punto de confesar y le entregó un laud, diciéndole:

—¿Quieres cantarme una de tus dulces canciones?

Tomó Sonia el instrumento que le daba el Czarevich y, con extarordinaria maestría, fué arancando de sus cuerdas las notas de una dulce melodía, a la vez que con voz angelical acompañaba a la música.

Fué el encanto de la música, el sortilegio de la voz de Sonia, algo así como el perfume intenso, lo que embriagó dulcemente al Czarevich, que, acercándose a ella, le dijo apasionadamente:

—¡Qué bonita eres, Sonia!... ¡Cada día estoy más enamorado de ti! ¡Mi mayor felicidad sería saber que me amas!

—Piense, Alteza, que me pide un imposible—respondió la bailarina—. Yo no soy nacida y vos sois el futuro Zar de Rusia.

—¿Y qué me importa a mí la Corona de Rusia?—respondió el Czarevich—. Para mí,



—¡Qué bonita eres, Sonia!

la corona más hermosa eres tú, saberme dueño de tu corazón, estar convencido de que mi amor es correspondido por ti es la mayor felicidad que puedo ambicionar. ¡Dime que me amas y me consideraré el hombre más dichoso del mundo.

Tampoco ella podía contener por más tiempo aquel secreto, que era tan grande como su vida, tampoco había podido sustraerse al influjo de aquella música que había despertado en su corazón tiernos recuerdos y, dando rienda suelta a su pasión, exclamó:

—Sí, Alteza, yo también os amo. Os amo como jamás hubiera podido imaginarlo. Sé que este amor será mis desgracia y, sni embargo, no puedo sustraerme a él. Es un imposible y, no obstante, lo he acariciado.

—Nada es imposible, Sonia—exclamó el príncipe—. Nos pertenecemos desde este momento. Nuestros corazones laten al unísono de un mismo sentimiento y nada, ni nadie en el mundo, podrá separarnos. ¡Ay de aquel que quiera interponerse entre tú y yo!...

Y en aquella amenaza había tal fuerza, tal resolución, que Sonia sintió miedo. Jamás había visto al Czarevich expresar su cólera, jamás había tenido ocasión de verlo enfadado; pero en aquel instante, al jurar que sólo sería para ella, en sus ojos había tal fuerza que fácilmente podía adivinarse que la ven-

ganza del Czarevich sería horrenda, contra el que se opusiera.

Salieron a la amplia balaustrada que daba al jardín y allí, embriagados por el perfume de las flores, siguieron el tierno idilio, hasta que el ordenanza entró para avisar a Su Alteza de que el médico de Su Majestad deseaba verlo.

Obtenido el permiso, entró el galeno, quien, haciendo una profunda reverencia al Czarevich y otra a Sonia, quien pasaba ante los cortesanos como la querida oficial del príncipe, le dijo a éste:

—Su Majestad se siente un poco indisposto y pide ver a Su Alteza.

—Voy inmediatamente—respondió el Czarevich, saliendo del salón y dirigiéndose a donde estaba su padre.

—Me han dicho que querías verme y he venido inmediatamente—le dijo el príncipe.

—Es preciso que esta noche asistas a la recepción que se celebra en Palacio—le dijo el Zar—. Yo no me encuentro bien y el médico me ha prohibido salir de mis habitaciones.

—¿Y por qué no la aplazáis para otro día?—preguntó el príncipe.

—Es imposible — respondió su padre—. Han sido invitadas todas las Embajadas. Además, ya es hora de que vayas intervinién-

do en los asuntos de Estado. La nobleza está extrañada de tu retramiento.

Ante el temor de que su padre le hablase de Sonia, el príncipe acertó el encargo que se le daba y volvió a las habitaciones de ella para darle cuenta de la entrevista que había tenido con el Zar. La idea de que en toda la noche no volvería a ver a Sonia había excitado su malhumor y Nikita, apenas lo vió, comprendió que algo anormal le sucedía.

—¿Dónde está la señorita Sonia?—le preguntó el príncipe.

—La señorita Sonia ha ido a dar un paseo por el Parque, Alteza—respondió el ordenanza.

La ausencia de ella aumentó aún más el malhumor del príncipe y Nikita comprendió que lo mejor era ausentarse de allí para no tener que sufrir el mal genio del Czarevich.

Tal como había dicho el ordenanza, en aquél instante Sonia se hallaba en el Parque, pero no paseando, sino hablando con su hermano, que había venido a verla, y que por detrás de la reja que cerraba el edificio imperial le decía:

—Sonia, es preciso que salgas de aquí cuanto antes. Tu estancia en este Palacio es perjudicial para tu honor.

—No temas, Gregorio—le respondió su hermana—. Ten en cuenta que siempre sa-



—¡Alteza! — suplicó ella

bré guardarme; pero ahora me es imposible huir. Volverían a traerme otra vez. Todas las noches tengo que bailar ante Su Alteza, pero yo te prometo que durará poco.

—No olvides tus promesas, Sonia—volvió a decirle el hermano, despidiéndose—. En cuanto puedas, huye de esta cárcel. Lo peor que podría sucederte es enamorarte del príncipe.

—No temas—le contestó Sonia, procurando tranquilizarlo—. Sé la diferencia que hay

entre los dos. Vete, no te vayan a ver y no podamos vernos más.

Cumplió la orden Gregorio, sin que ni él ni su hermana se dieran cuenta de que el médico de Palacio y el presidente del Consejo de ministros la habían estado expiendo, convencidos los dos de que aquel hombre era el amante de la bailarina.

Al volver adonde la esperaba el Czarevich, éste no pudo ocultar su excitación y le preguntó, irritado:

—¿Puedo saber dónde has estado tanto tiempo?

Sonia no se atrevió a decirle la verdad, ante el temor de que pudiera impedir que volviese a ver a su hermano, y le contestó, titubeando, de forma que hizo concebir al príncipe cierta sospecha.

—Paseando por el Parque.

—Nada más que paseando?—insistió el Czarevich.

—¿No sé por qué Su Alteza me hace esa pregunta—exclamó Sonia, bajando los ojos para que no pudiera él descubrir el engaño. Pero el inmenso amor que por ella sentía avivó la llama de los celos en él, que exclamó:

—¡Me está pareciendo que ni de ti se puede uno fiar!

—¡Alteza!—suplicó ella.

—Puedes retirarte a tus habitaciones. No te necesito—la interrumpió enérgicamente el Czarevich.

Sonia no se atrevió a contradecir la orden y se encerró en su cuarto, llorando amargamente por aquella despedida, que tanto dolor la causaba, al ver que el Czarevich dudaba del amor que por él sentía.

**Si quiere Ud. aprender a bailar el
Tango argentino**

Pida el nuevo método que acaba de publicarse Así también los métodos de

EL CHARLESTON

y

BLACK-BOTTOM

Precio da cada método **25 céntimos**

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

ENTRE EL TRONO Y EL AMOR

Aquella tarde, a pesar del despego con que la había tratado el príncipe, Sonia volvió a buscarnlo. Quería alcanzar de nuevo su estimación; pero el príncipe, con el mismo disgusto de la mañana, le dijo:

—Esta noche tenemos recepción en Palacio. Puedes ir a la ciudad, si es tu gusto ése. El día de hoy te pertenece.

Sonia vió en aquellas palabras una indiferencia hacia ella y quiso probar para ver hasta qué punto llegaba el enfado del príncipe, diciéndole:

—Entonces, esta noche bailaré en la Ópera ante mis admiradores.

El efecto fué inmediato; el Czarevich dió un salto, como si le hubiese picado un reptil, y, cogiéndola por el brazo, le dijo:

—¡Tú te quedas aquí!... ¡No te vas a la ciudad!... ¿Lo oyes?

—Seréis cumplido, Alteza—respondió ella, sin que pudiera ocultar la alegría que le

producía el ver que el amor del príncipe por ella era tan grande como el suyo—. Esperaré vuestro regreso para daros las buenas noches.

La bruna que había enturbiado por unas horas la felicidad de los dos enamorados pasó, dejando diáfano el cielo de aquel amor tan puro, y el Czarevich, tomando entre las suyas las manos de Sonia, le dijo:

—Perdóname el que te haya tratado así hoy, pero esto de verme separado de ti me ha puesto de mal humor.

—Yo me alegro de que me vayáis tratando de ese modo—respondió Sonia—. Y ante la mirada de interrogación que le dirigió el príncipe, le explicó el motivo, diciéndole—: Si la causa de vuestro enojo ha sido nuestra separación de unas horas, me felicito de habérnoslo causado, porque así estoy segura de lo mucho que me amáis.

—Sí, Sonia—exclamó él, estrechándola entre sus brazos—. ¡Te amo más que a nada en el mundo!

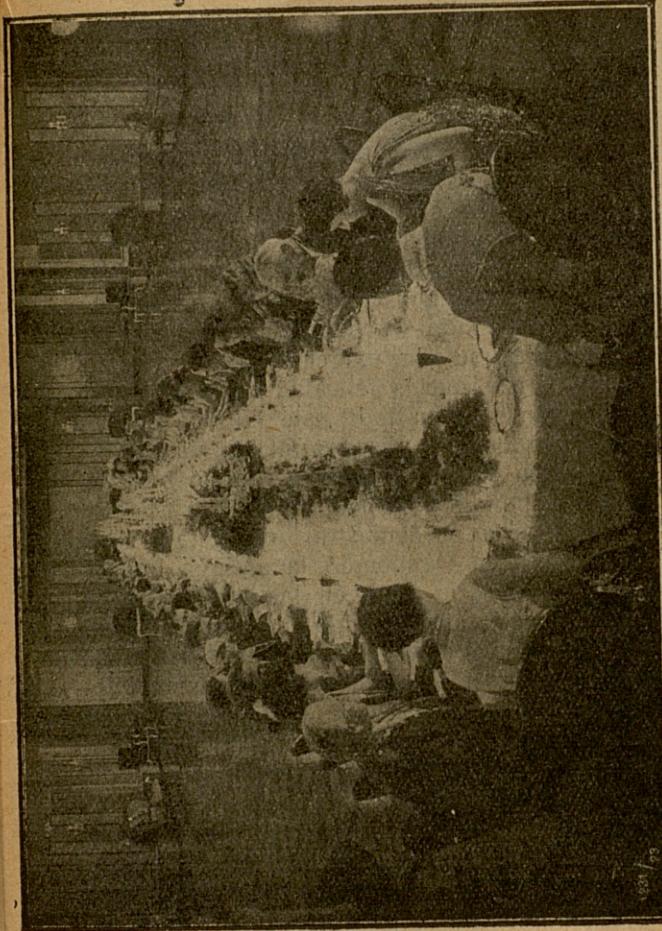
Aquella noche, el gran salón del Palacio Imperial ofrecía una vista asombrosa. Toda la nobleza rusa se había congregado en él y los altos personajes de las Embajadas estaban allí, representando a sus respectivos países. El Czarevich presidía la mesa de los invitados y mientras los brindis y discursos se sucedían con regularidad monótona, el

pensamiento del joven príncipe se hallaba ausente de allí para situarse al lado de Sonia. Leyó el discurso que le había escrito el presidente del Consejo de ministros y, momentos después, en el salón inmediato la orquesta entonó las dulces melodías de un vals vienes, ese vals tan inconfundible y que produce en el ánimo del que la escucha reminiscencias de tiempos pasados. Sus notas, su cadencia tan rítmicamente suave, coqueta como la sonrisa de una mujer, pone en el corazón de todos cierto punto de romanticismo que es inútil querer impedir. El Czarevich, cumpliendo las exigencias del Protocolo, se entregaba en brazos de aquellas damas a las dulzuras de aquel vals, pensando en lo dichoso que sería si pudiera tener entre sus brazos a su Sonia adorada.

Hasta las habitaciones donde ésta se hallaba llegaban claramente los ecos de la orquesta y el champán que había bebido, con un poco de exceso, la hizo levantarse de la mesa y seguir aquel compás. Entró Nikita, y al verla tan alegre, no pudo menos que echarse a reír, diciéndole:

—Si yo fuera el príncipe, habría dejado ya el baile y estaría aquí, pero no soy más que su ordenanza y me conformo con ello.

Sonia rió de buena gana la salida del ordenanza y éste fué quitando el servicio de



El Czarevich presidía la mesa de los invitados

la mesa, acompañando todos sus movimientos a la música que se sentía allí.

Así pasaron varias horas, interminables para Sonia y para el príncipe, hasta que, por fin, se vió éste libre de la etiqueta de la corte y volvió al lado de ella, diciendo mientras la estrechaba entre sus brazos:

—Parece mentira que cueste tantos sacrificios el poder gozar unos momentos de felicidad a tu lado. Pero no hay más remedio que someterse a las exigencias del Protocolo.

—¿Creeís que la felicidad de la vida consiste tan sólo en todo este lujo de que os halláis rodeado?—le preguntó Sonia.

—Creo solamente que es preciso para vivir—respondió con melancolía el príncipe.

—Pues yo os demostraré que estáis engañado, Alteza—respondió la antigua bailarina—. Lejos de aquí, en las afueras de la ciudad, se está celebrando ahora una boda de campesinos. Vamos allá y os enseñaré cómo en la pobreza se puede ser enteramente feliz.

El Czarevich consintió en aceptar la proposición que le hacía Sonia y llamó a su ordenanza para decirle:

—¡Pronto... búscanos unos trajes de campesinos!

No tardó mucho tiempo Nikita en traer lo que se le había pedido y, disfrazados como dos vulgares campesinos, Sonia condujo



—Estas gentes son mucho más felices que yo!

al príncipe al lugar donde se estaba celebrando la fiesta de los espousales.

En aquella humilde vivienda todo era alegría y felicidad. Ocultándose de las miradas indiscretas, Czarevich vió cómo los contrayentes se basaban con verdadera pasión, a la vez que se decían las más tiernas promesas de amor. Allí todo era pobre, pero, sin embargo, aquella alegría de que gozaban tal vez no la hubieran cambiado ni aun por el mismo trono del Zar.

—Tienes razón, Sonia—le dijo el príncipe—. ¡Estas gentes son mucho más felices que yo! Por lo menos, tienen libertad de acción, pueden escoger a la mujer que aman, proclamar ante todos su amor y ser dichosos. ¡Quién fuera ellos! Vámonos, vámonos de aquí; toda esta felicidad me hace daño, me parece como si fueran seres distintos, seres privilegiados...

Y arrastró lejos de allí a Sonia, conduciéndola nuevamente al Palacio.

Durante los días sucesivos, el Czarevich no pudo apartar de su mente la visión que viera aquella noche. Comprendía que el último de sus vasallos podía ser mucho más feliz que él, puesto que podía unirse con la mujer que amaba. Cuando se encontraba cerca de Sonia, cuando oía sus palabras de amor, se decía a sí mismo que por qué él no podría hacer aquella mujer suya. ¿Qué

le importaban todos los honores del trono si ninguno podría ofrecerle la dicha de tener entre sus brazos a Sonia, a Sonia que era para él la vida entera? Y cuando se encontraba en estos momentos de profunda meditación, la mirada inquisidora de ella, sorprendía su secreto y le decía:

—¿En qué pensáis, Alteza?

—En ti, Sonia—respondía él, estrechándola fuertemente contra su pecho—. Todos mis pensamientos son tuyos, como lo es mi corazón por entero.

—Sin embargo — respondióle sonriendo melancólicamente la muchacha—, yo puedo deciros cuáles eran esos pensamientos. Pensabas en que esta dicha no puede durar siempre, en que llegará el día en que se os prohibirá que me veáis; pero yo os amaré siempre, siempre.

Y se estrechaba contra su pecho, como si una mano invisible, la mano fatal del Destino, quisiera separarla del hombre adorado. ¿Qué le importaba a ella la pobreza? Pobre había sido siempre y pobre quería también al príncipe, para poder decir a los cuatro vientos que el amor de aquel hombre le pertenecía por completo.

El se miraba en los ojos de la joven, y al leer en ellos todo el intenso amor que le profesaba, se sentía con fuerzas para hacer

frente a todas las conveniencias sociales, y le respondía:

—No, Sonia, no temas. Yo soy tuyo por completo. Nadie podrá separarme de tu lado. ¿Qué me importa a mí el trono si no te puedo sentar a mi lado? Nuestro amor es mucho más grande que los convencionalismos. Es algo extrahumano y que solamente los corazones como los nuestros pueden comprender.

Y Sonia, adormecida por el arrullo de aquellas palabras que le hablaban de la gran pasión que inflamaba su pecho, se sentía feliz, inmensamente feliz...

El día temido por los enamorados no tardó en presentarse. Cuando más felices se consideraban, cuando el fantasma de la separación parecía haber huído, o, por lo menos, no acordarse de ellos, se presentó un día el presidente del Consejo de ministros y le dijo, aprovechando la ocasión de que Sonia no estaba allí.

—Alteza, tengo necesidad de hablaros de un asunto importantísimo.

—Decid lo que deseáis, Excelencia—respondió el príncipe.

El tono adusto con que le hablaba hizo ver al presidente del Consejo la poca amistad que le unía al príncipe y se limitó entonces a señalarle un documento, diciéndole:

—Me permito someter a la aprobación de

Su Alteza las cláusulas del contrato matrimonial.

—¿De qué matrimonio habláis?—preguntó, inquieto, el príncipe.

—Del vuestro con la princesa Xenia, vuestra prometida oficial, que debe llegar de un día a otro.

—Señor ministro — respondió el Czarevich—, me parece que os inmiscuís más de lo debido en mis asuntos. Cuando piense en casarme no necesitaré de vos para que me busquéis a la mujer que ha de ser mi esposa.

—¿Y qué le diremos a la princesa, que debe partir hacia aquí un día de éstos?—preguntó el ministro.

—Decidle que se ahorre el viaje... He decidido no casarme con la princesa Xenia...

El presidente no se dió por vencido con aquella respuesta y volvió a decirle:

—He de advertir a Su Alteza la conveniencia de esta boda y la de hacer salir de aquí a Sonia, la bailarina.

—¡Sonia se queda aquí porque yo lo mando!—exclamó el príncipe enérgicamente.

—Vuelvo a recomendarle a Su Alteza la conveniencia de que salga—le dijo el presidente del Consejo—. Se murmura de que es vuestra amante oficial, vuestra... entretenida.

El Czarevich, agotada por completo su paciencia, al ver que ofendían a la mujer que

tanto amaba, se levantó de su asiento y, acercándose al presidente, le dijo:

—Decidme quién es el miserable que se ha atrevido a dudar de la virtud de esa mujer y os juro que no tardará en pagar con su vida su pecado.

—No puedo daros el nombre de nadie, pero, sin embargo, ella misma ha sido quien ha dado ocasión para ello. No dudo del recto proceder de Su Alteza, pero me permitió advertirle que Sonia tiene un amante.

—¡Mentira!—exclamó el príncipe, haciendo ademán de arrojarse sobre él.

—Si Vuestra Alteza quiere cerciorarse, tal vez la sorprenda en este momento en la reja de la puerta hablando con él.

—No os creo—volvió a decirle el príncipe—, pero no quiero que digáis que mi paciencia es poca y voy a demostraroslo. Acompañadme a la puerta del Parque.

Salieron los dos hacia aquella dirección, y antes de llegar al lugar convenido, el príncipe estuvo a punto de lanzar un grito de rabia. Allí estaba Sonia y estaba hablando con un hombre, de quien ella se despedía besándose.

—Infame!—exclamó el príncipe, de forma que ella no pudiera oírlo—. ¡Luego es verdad que jugabas con mi amor!... ¡Todas sois iguales!

—¡Iguales no, Alteza!—exclamó el presi-

dente—. Acordaos de la nobleza de la sangre y pensad en la princesa Xenia.

—Es inútil—respondió el príncipe—. No quiero conocer a ninguna mujer. Este desengaño será el último de mi vida—y, sin darle tiempo a contestar, le indicó que lo dejase solo, al ver que Sonia se acercaba.

Cuando estuvo junto a él, le salió al paso y le dijo:

—Recoge cuanto tengas aquí y vete de Palacio, antes de que me deje llevar por deseos de venganza.

—¿Me echáis de vuestro lado?—preguntó dolorosamente Sonia.

—Eres tú la que has querido irte—respondió el príncipe—. ¡Lo he visto todo!

Comprendió la joven que el príncipe la había visto hablando con su hermano y decidida a confesarle la verdad, exclamó:

—Alteza, yo os explicaré...

—¡No necesito explicaciones! — la interrumpió el príncipe—. ¡Lo único que sé es que has acudido a una cita con tu amante!

—Pero si yo os juro que no era mi amante—exclamó Sonia, llorando desconsoladamente—. Os lo juro, Alteza... Era mi hermano...

—¡Mientes!—volvió a decir él.

—Creedme. Yo os daré sus señas; podéis hacerlo venir aquí inmediatamente y os convenceréis de que era mi hermano...

El príncipe volvió hacia ella y, dulcificando el tono de su voz, volvió a preguntarle:

—¿No me engañas, Sonia?

—Podéis comprobarlo — contestó la joven—. Vive en...

—Te creo, Sonia, te creo—la atajó el Czarevich, sin darla tiempo a pronunciar el nombre de su hermano—. Soy un loco al pensar que puedas dejar de amarme.

—Yo no amo ni amaré a nadie nunca más que a ti, Alioscha.

Por un momento, el príncipe estuvo a punto de referirle la conversación que acababa de tener con el presidente del Consejo, pero ante el temor de causarle un daño a aquella divina criatura, que tanto lo amaba, prefirió guardar el secreto y sufrir solo toda la pena que embargaba su corazón en aquellos momentos.

Pronto la charla alegre y sencilla de la ex bailarina distrajo al príncipe de su pensamiento y no tardó en aparecer en sus labios la optimista sonrisa de siempre.

SOBRE ROSA (Sólo para solteras), 20 cts.

SOBRE GALANTE (Id. para hombres) 20 »

SOBRE INFANTIL 15 »

PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN
Biblioteca Films-Apartado 707 - Barcelona

REBELDIA

Fueron pasando los días y parecía que la idea del matrimonio con la princesa Xenia había quedado aplazada, al menos por lo pronto. El presidente no volvió a hablarle sobre el particular y los dos enamorados seguían viviendo en el mundo sonrosado de sus ilusiones y sin que nada, ni nadie, viniera a turbar la dicha de que gozaban y de la que era testigo el fiel Nikita.

Mas una noche Sonia volvió a su casa para ver a su hermano y éste le dijo al verla:

—Sonia, he visto claramente que no estás en el Palacio a la fuerza, sino por tu gusto. ¡Eres la entretenida del Czarevich!

—¡Eso es mentira!—protestó la joven.

—No importa que lo niegues—volvió a decirle su hermano, cada vez más exasperado—. Has olvidado tus promesas, tus juramentos. ¿De qué ha servido que yo te haya guardado como una joya preciosa, si tú luego has ido a arrastrarte por el fango?

—Yo te juro que no es verdad, Gregorio —exclamó Sonia, intentando abrazar a su hermano. Pero éste, separándola bruscamente de su lado, la arrojó al suelo, mientras que ella le suplicaba, llorando:

—Gregorio, yo te diré toda la verdad. Estoy enamorada de él... Déjame quererle, déjame olvidar el abismo que nos separa...

—¿Lo ves cómo es verdad? — exclamó cada vez más indignado, el hermano.

—Sí, le amo, no puedo vivir sin él—declaró ella—. Pero soy digna de tu cariño, porque no he faltado al nombre que llevo.

—¿Y para esto me has engañado? ¿Para esto me has hecho creer que eras una víctima? Pero yo sabré abrirte los ojos. ¡No vuelvas más allí! Yo sabré impedirlo.

En las palabras de su hermano Sonia advinó una oculta amenaza y temió por la vida del Czarevich. El amor que su hermano la profesaba lo cegaría hasta el punto de atentar contra la vida del príncipe para libertar a su hermana de aquella pasión, que él creía infame. Y ante este temor, Sonia, sin pensar en el paso que daba, corrió nuevamente a Palacio para informar al Czarevich de lo que ocurría, sin pensar que aquella confesión podría ser muy bien la ruina de aquel ser que adoraba en ella.

Cuando entró en Palacio se encontró con Nikita, a quien le dijo:

—¿Dónde está el Czarevich? Necesito hablarle inmediatamente.

Pero antes de que pudiera responder el ordenanza se le presentó el presidente del Consejo y le respondió:

—Su Alteza hace cerca de una hora que está con Su Majestad, pero nosotros podemos hablar tranquilamente.

Sonia presintió que algo horrible le iba a suceder. La presencia de aquel ser antipático, a quien no había vuelto a ver desde la primera noche que llegó a Palacio, le hacía prever que algo misterioso, a la vez que extraordinario, le iba a decir. Su corazón latía precipitadamente, sin que tuviera aliento para contestar, y siguiendo la indicación del presidente, se sentó en el sillón que le señalaba.

Esperó unos momentos, como pensando en la conversación que iba a sostener, y, al fin, la dijo:

—Sonia, la felicito de veras.

—No sé por qué merezco esa felicitación —respondió balbuciendo la joven.

—Porque ha cumplido usted perfectamente su cometido—respondió el presidente.

—Sigo sin comprenderle, Excelencia —contestó la ex bailarina.

—Acuérdese de la conversación que tuvimos la noche que la traje aquí—exclamó el presidente—. Pero ahora sea usted razona-

ble y escúcheme con calma. La princesa Xenia, prometida del Czarevich, llega mañana y usted debe salir de Palacio, sin que él sepa nada.

—Eso es imposible—protestó Sonia—. Yo tengo que verlo, decirle adiós, por lo menos.

—No puede ser—contestó con su peculiar sangre fría el presidente—. Es deseo del Zar que salga usted inmediatamente para el extranjero...

—Tenga piedad Su Excelencia—suplicó Sonia llorando—. Nos amamos...

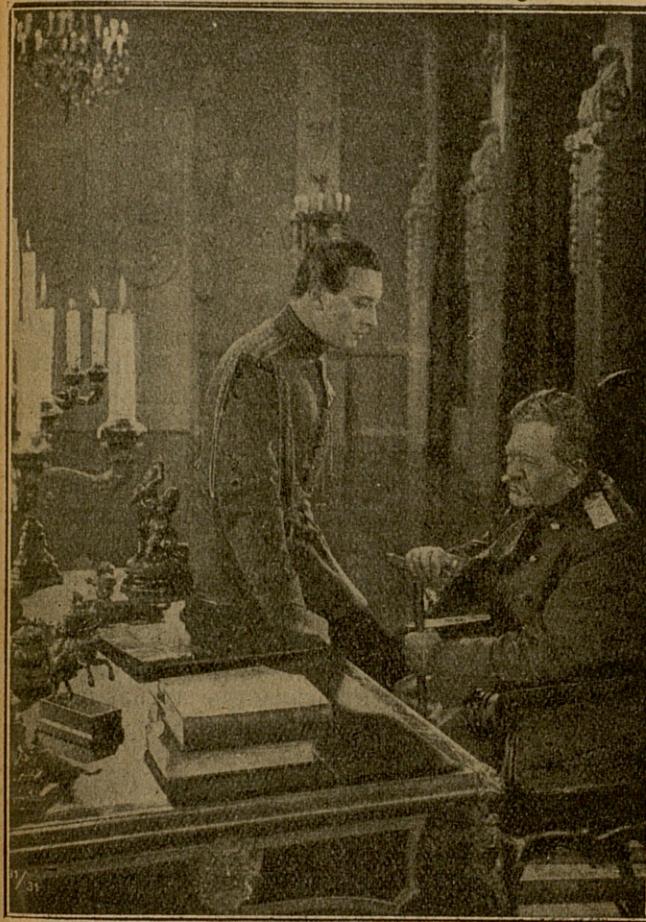
El ministro, como si no hubiera oído la súplica de la joven, siguió diciendo:

—El coche la espera abajo. Para evitar qualcheir contingencia desagradable, irá usted custodiada debidamente hasta la frontera.

—¿Es decir que se me expulsa de mi patria?—preguntó desconsoladamente.

—Solamente por una temporada. Hasta que el príncipe acepte a la princesa; después... después puede usted volver otra vez, si lo desea...

Sonia lloraba amargamente al ver destruidas para siempre sus ilusiones, y la congoja que anudaba su garganta no le permitía pronunciar una sola palabra. El ministro, sin inmutarse por aquel dolor tan sincero, inflexible en su deber de político, continuó di-



— El Consejo de Ministros ha decidido casarse

ciendo, a la vez que le entregaba un sobre que se sacó del bolsillo:

—En la fonda de la frontera, el dueño le dará una fuerte suma de dinero, contra la entrega de esta carta...

Sonia cogió maquinalmente el sobre que le entregaba el ministro y volvió a suplicarle:

—¡Déjeme verle una vez más, Excelencia!... ¡Sólo una vez para despedirme de él!

—Ya le he dicho que es imposible—respondió el ministro, y, llamando a Nikita, le ordenó que trajese el abrigo a la bailarina.

El ordenanza cumplió la orden y Sonia, aprovechando el momento que aquél le echaba sobre sus hombros, le entregó la carta que le había entregado el ministro, diciéndole en voz baja:

—Dale esta carta al Czarevich y dile que me conducen a la frontera.

Y salió, seguida de varios servidores, que la introdujeron en un coche que había parado a la puerta del Palacio y que apenas subió la bailarina emprendió una vertiginosa marcha hacia la frontera.

Como había dicho el ministro, el Czarevich se hallaba mientras tanto hablando con el Zar, que le dijo:

—Ya sabrás, hijo mío, que el Consejo de ministros ha decidido casarte...

—Creo, padre mío—exclamó el príncipe—,

que el que tiene que decidir esto soy yo y no el Consejo de ministros.

—Es que son ellos los que se han de ocupar de esto—respondió el Zar—. Así lo aconsejan las razones de Estado.

—No niego las razones del Estado, pero no quiero casarme, por ahora al menos.

—Es preciso que obedezcas...—exclamó su padre—. Las exigencias del trono así lo requieren, hijo mío.

—¿Voy a sacrificar mi dicha y mi libertad por la exigencias, por las intrigas de unos ministros?—preguntó enérgicamente el príncipe.

—Entonces... ¿qué es lo que piensas?—preguntó nerviosamente el Zar.

—Pienso y pretendo lo que está al alcance del más humilde... ¡Amar... vivir... tener libertad!

—¿Luego te niegas a cumplir mis órdenes, te rebelas ante un mandato mío? Está bien; yo sabré cómo proceder para que desaparezca el capricho de esa bailarina.

Aquella amenaza pudo más en el ánimo del príncipe que todos los razonamientos que le había hecho su padre. Ante la idea de que algo le pudiera ocurrir a Sonia, pensó que lo mejor sería ganar tiempo y terminó diciéndole a su padre:

—Dejadme al menos pensarlo y yo os prometo que cumpliré vuestros deseos.

—Está bien—respondió más calmado el Zar—. Te doy veinticuatro horas de tiempo para que despidas a esa bailarina. Mañana debe llegar la princesa Xenia y debe haber salido ya de Palacio tu amante.

El príncipe no volvió a contestar, sino que, despidiéndose con una reverencia, salió de la cámara real para ir en busca de Sonia.

Antes de que llegara a sus habitaciones, se encontró con su ayudante, que le dijo:

—De orden de Su Majestad, Vuestra Alteza debe ir esta noche a la Ópera.

—¡Está bien!... ¡Iré!—exclamó el príncipe, encogiéndose de hombros y dirigiéndose a Nikita, que militarmente cuadrado, esperaba sus órdenes, y le dijo:

—Prepárame la capa y la gorra.

Nikita no se movió de su lugar y ya iba a repetir el príncipe la orden, cuando le hizo disimuladamente una señal para que lo siguiera y echó a andar. El Czarevich comprendió que algo importante tendría que decirle su ordenanza y, sin dudar, lo siguió hacia la habitación. Apenas traspuso la puerta, Nikita la cerró y el príncipe le preguntó:

—¿Qué sucede, Nikita?

—Silencio, Alteza, que no se entere nadie de lo que le voy a decir—. Y en pocas palabras le refirió toda la escena que el ministro había tenido con Sonia y que él sorprendió espiando detrás de la puerta.

—En esta carta encontrará Su Alteza el lugar adonde la han llevado—terminó diciéndole.

—Gracias, Nikita—exclamó el Príncipe estrechando amistosamente la mano de su ordenanza—. Me has prestado un favor que jamás sabré recompensarte.

—Si Su Alteza quiere recompensármelo, yo le pediré otro—exclamó el ordenanza.

—Dime lo que quieras—preguntó el Príncipe.

—Adivino el pensamiento de Su Alteza y le suplico que me deje acompañarle—le dijo el fiel ordenanza.

—Eres bueno, Nikita—exclamó conmovido el Príncipe—. Siempre has sido mi mejor amigo.

Y aquel muchachote, fuerte y grande que siempre había estado a las órdenes del Príncipe, no pudo impedir que dos lágrimas se desprendieran de sus ojos, al verse llamado “amigo” por el Czarevich.

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis) a BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

EN LA FRONTERA

El coche que llevaba a Sonia no tardó en hallarse en la frontera y la guardia rusa le prohibió la entrada debido a lo avanzada que estaba ya la noche. Pero bastó que uno de los acompañantes de la joven bajara del carroje y se diera a conocer, para que el soldado les dejara el paso libre.

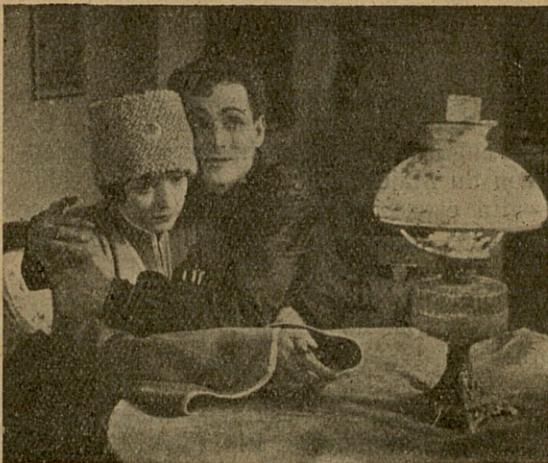
Poco después entraron en la fonda que le había indicado el Ministro en la carta y los acompañantes de Sonia se separaron de ella diciéndole:

—Su Excelencia el Ministro, nos ha dicho que traía usted instrucciones de lo que debía hacer cuando llegara aquí.

Sonia, levantó los ojos hacia el que le hablaba e hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—Entonces—volvió a decirle nuevamente el acompañante—, nuestra misión ha terminado y si no desea nada, nos retiramos.

—Gracias—respondió la joven—. Pueden ustedes marcharse cuando gusten.



— Si Sonia

Salieron de la fonda, dejando a la muchacha, que al verse sola no pudo contener por más tiempo su pesar y se arrojó sobre uno de los taburetes llorando, ante el asombro del dueño del establecimiento, que no podía explicarse el caso. Pero como en aquellos tiempos sucedían cosas tan extraordinarias, sobre todo en cuanto se refería a las órdenes del Gobierno, pensó que sería una desgraciada reportada por cualquier delito sin importancia y para no aumentar su dolor, no se atrevió a dirigirle la palabra.

Mientras tanto, en el Palacio Imperial sucedían cosas extraordinarias. El Presidente del Consejo se presentó en la Cámara Real y le dijo al oficial de turno:

—Tengo necesidad de hablar urgentemente con Su Majestad.

—En estos instantes está todavía en su despacho—respondió el oficial—. Puede Su Excelencia pasar, si gusta.

Pasó el Ministro, y el Zar, al verlo, le preguntó, extrañado de que fuera a aquella hora:

—¿Qué sucede?

—Una verdadera desgracia, Majestad — respondió el Ministro—. El Czarevich ha huído esta noche.

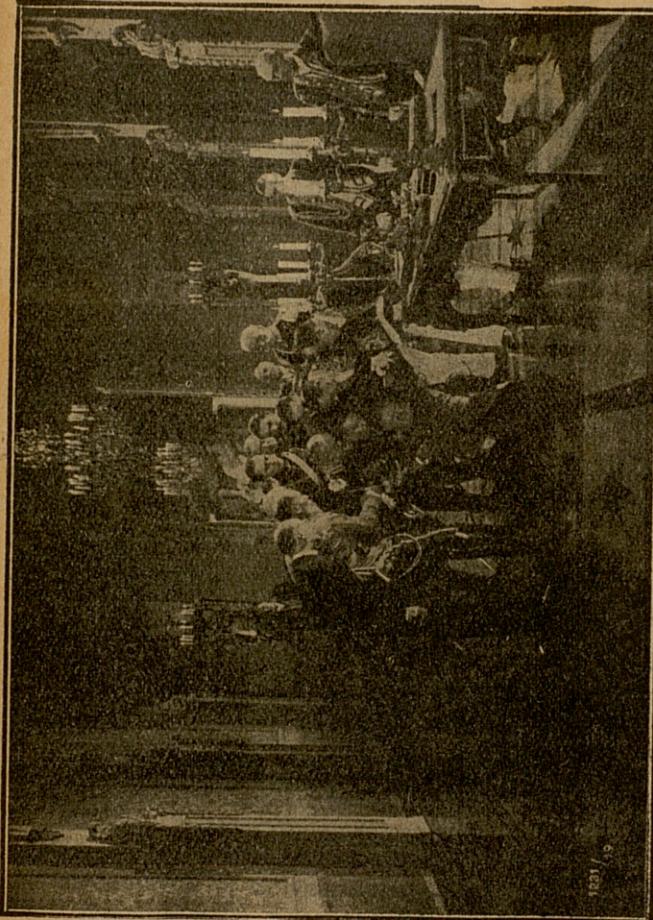
—¿Pero no ha ido a la Opera, según le ordenaba?

—No, Majestad. Eso mismo creímos todos, pero no ha sido él quien ha estado en la Opera, sino su Ayudante, disfrazado con su uniforme. Hemos vuelto a Palacio, hemos buscado por todas partes y nadie nos ha dado razón del Czarevich.

Aquella noticia fué un golpe tremendo para la delicada salud del Zar, que cayó desvanecido en brazos de sus servidores, exclamando:

—Hijo mío!... ¡hijo mío!...

Entre todos lo llevaron a sus habitaciones, órdenes para que salieran a la frontera con el



Cayó desvanecido en brazos de sus servidores

mientras que el Presidente del Consejo daba objeto de impedir el paso por ella a todo el mundo, si no iba provisto de un permiso especial.

Nunca hubiera podido decir Sonia el tiempo qué permaneció echada sobre la mesa, dejado que sus lágrimas dieran suelta a su dolor. De pronto una mano se posó en su hombro y al levantar la vista no pudo contener una exclamación de alegría:

—¡Alioscha... tú!...

—Sí, Sonia — respondió el Príncipe—. Crees acaso que iba a permitir separarme de ti. Cuando supé por tu carta dónde estabas, corrí en tu busca. El fiel Nikita me ha ayudado.

—¿Pero cómo has podido burlar la vigilancia de que eras objeto?—preguntó Sonia.

—Muy fácil. Un hombre enamorado se vale de todos los medios para conseguir llegar al lado de su amada y yo inmediatamente de leer tu carta concebí un plan que me ha dado un resultado excelente. Llamé a mi Ayudante y le dije, al ver que tenía mi misma estatura. “Un asunto urgente me impide ir esta noche a la Opera. Reemplázame tú y procura no dejarte ver demasiado”. Le hice vestir mi uniforme y mientras se dirigía con todo mi acompañamiento hacia la Opera, yo y Nikita, nos encaminamos a la frontera antes de que se dieran cuenta de la superchete-

ría y la cerraron. Lo único que siento es que mi pobre ayudante será castigado con rigor...

—¿Y no temes que te detengan aquí?—pregunto con cierto temor la joven.

—Puedes estar tranquila — respondió el Príncipe—. Aquí soy un ciudadano ruso, un extranjero, que no ha cometido ningún delito y que, por lo tanto, no puede ser detenido.

—Pero, y el trono, Alioscha?...

—Bah — respondió él encongiéndose de hombros—. No necesito ningún trono para ser feliz. Mi vida entera eres tú y toda mi felicidad consiste en que seas mi esposa. Huiremos de aquí al romper el alba y en la próxima ciudad un sacerdote bendecirá nuestra unión. Entonces, si quieren que vuelva al Palacio ya saben que ha de ser en compañía de mi esposa, contigo y entonces sí que podré aceptar todos los honores que quieran, porque el mayor ya lo llevo conmigo.

He pasado un año, en las costas de Italia una pareja vive feliz la dicha de su amor, sin ocuparse de nada que no sea de ellos mismos. En la villa donde tienen instalada su residencia todo es paz y regocijo. Son Alioscha y Sonia, que cada vez se hallan más embriagados en el perfume delicioso de la pasión que tan fuertemente los unió.

Una mañana, el antiguo Presidente del Consejo de Ministros se presentó, en ocasión

de que el Príncipe había salido para ver a Sonia y decirle:

—Señora, vengo a exigirle un acto de verdadero patriotismo.

Sonia no experimentó aquella vez el mismo temor que tiempo atrás cuando el Ministro la obligó a abandonar su país, y respondió tranquilamente:

—Le ruego a Su Excelencia que me diga en qué puedo ser útil a mi patria.

—Su Majestad el Zar, ha muerto—exclamó el ministro—. Por derecho propio, la corona de Rusia corresponde al Czarevich y el único obstáculo que existe para que él acepte es usted. Renuncie a su amor y comprenda que se trata de la felicidad del Príncipe.

Sonia sonrió burlonamente y respondió:

—Excelencia estoy dispuesta a realizar el sacrificio que me pedís, pero con una condición.

—Aceptada, por grande que sea la suma que exijáis—respondió el Ministro.

—Os equivocáis Excelencia—le dijo Sonia—. Ya os dije en cierta ocasión que no soy una mujer que se vende. La condición que exijo es que el mismo Czarevich elija entre el reino o yo.. Quiero estar segura de labrar su felicidad y solamente a este precio desapareceré. Dentro de unos minutos el Príncipe estará de vuelta, vos podéis hacerle esta proposición y yo la escucharé oculta



Lo he oido todo

tras ese biombo, sin que él sepa que estoy. Os juro que si elige el trono, huiré sin que él sepa dónde me escondo.

El ruido de unos pasos que en aquellos momentos se acercaban, anunciaron a los visitantes la proximidad del Czarevich y Sonia les dijo:

—Aquí llega el Príncipe. Yo me voy a mi escondite. Hacedle la proposición, que yo cumpliré cuanto os he dicho.

En efecto, apenas había tenido tiempo de ocultarse cuando entró el Príncipe y quedó

sorprendido al ver allí al Presidente, al hombre que había querido robarle en otra ocasión el gran amor de su vida.

—¿Qué deseáis?—le preguntó molesto por su presencia.

—Os traigo noticias de vuestro padre, Alteza—respondió el Ministro.

—¿Le ocurre algo a mi padre?—preguntó ansiosamente el Czarevich.

—Una desgracia, Alteza — respondió el Presidente—. Su Majestad el Zár ha fallecido.

Aquella noticia dejó anonadado al Czarevich, que ocultó la cabeza entre sus manos para no dejar ver las lágrimas que resbalaron por sus mejillas. El Presidente aprovechó aquel momento de dolor para decirle.

—Vuestro padre, señor, en el momento de morir dió orden de que se os buscara para que ocupáseis el trono que dejaba vacante.

—Estoy pronto a cumplir sus deseos—respondió el Príncipe—. Daré orden ahora mismo para que preparen nuestro equipaje y saldremos inmediatamente “todos” para Rusia.

—No es necesario—volvió a decirle el Presidente—. En tren parte dentro de quince minutos y puede Su Alteza venir con nosotros.

—¿No sabéis, señor Presidente que soy casado?—exclamó el Príncipe.

—Pero comprended, Alteza, que esa mujer no puede figurar como esposa vuestra en Rusia.

—¡Os prohíbo que habléis así de ella!—exclamó enérgicamente el Príncipe—. Y si vuestra misión es ofrecerme el trono a costa de mi felicidad, renuncio desde este instante a él, para siempre!

—Piense Vuestra Alteza, en lo ligera que es vuestra resolución — volvió a decirle el Presidente.

—La pensé ya hace mucho tiempo—respondió el Príncipe—. Pero creo que todo se puede arreglar con un poco de buena voluntad. Si Sonia fuese Princesa, podría presentarla como mi esposa?

—¡Qué duda cabe!—exclamó el Ministro.

—Pues bien, acepto el trono que me ofrecéis, pero como dentro de las atribuciones del Zar está la de conceder los títulos de nobleza, yo Zar de Rusia, otorgo, desde este instante el título de Princesa a Sonia Ivanowna. Extenderéis el Real Despacho y entonces volveré a Rusia. ¿Aceptáis?

—Cúmplase la voluntad de Vuestra Alteza — terminó diciendo el Ministro—. Dentro de diez minutos estaremos de vuelta para recoger a nuestra futura Majestad.

Salieron todos y el Príncipe quedó sonriendo, hasta que apareció Sonia y se arrojó en sus brazos llorando de alegría.

—¿Qué te ocurre?—le preguntó el Príncipe, alarmado por aquel llanto.

—Lo he oído todo — exclamó Sonia—. Nunca pude creer que me amases tanto, Alioscha.

—Sí, Sonia. Ahora es cuando seremos felices del todo. Volveremos a Rusia, a nuestra querida patria, para vivir nuestro amor. Si alguna nube podía enturbiar nuestro amor ha quedado desvanecida por completo. Ya serás mía ante los ojos de todos, sin tener que ocultar nuestra unión como algo pecaminoso. Y ten siempre en cuenta una cosa que he aprendido estando a tu lado: "Que para el Amor no hay murallas, ni conveniencias. ¡Es más fuerte que todo y lo vence todo!"

Y tiernamente unidos, como el primer día en que se confesaron su amor, los dos esposos sintieron vivir en ellos todo el fuego de aquella infinita pasión que había unido sus vidas para una eternidad...

Nikita, desde el jardín veía a la enamorada pareja y se decía frotándose las manos:

—Ellos son felices, pero yo no lo soy menos, porque por lo menos me espera un marquesado cuando volvamos a Rusia. ¡A ver quién es capaz de decirme entonces que soy un animal!

FIN

ZANGMANIA

REVISTA
MUSICAL
ILUSTRADA

Números extraordinarios 60 céntimos

- Núm. 1.—ESTA NOCHE ME EMBORRACHO
LA INGLESITA. Agustín Irusta.
Núm. 2.—EL CARRERITO :: POMPAS DE
JABON. Lucio Demare.
Núm. 3.—NINO BIEN :: AVE NOCTURNA
Roberto Fugazot.
Núm. 7.—BARRIO REO :: ALAS
Irusta - Fugazot - Demare.
Núm. 9.—LA CIEGUITA :: SILBIDO. Gardel
Núm. 12.—DESILUSION :: EL RUISENOR.
Eduardo Bianco.
Núm. 15.—COMPADRON :: PERDONA... CHE
Spaventa.
Núm. 17 — LA BORRACHERA DEL TANGO
MUCHACHITO. Mario Melfi

Números corrientes 40 céntimos

- Núm. 4.—LA REJA. Marcucci.
Núm. 5.—MIS LOCOS SUEÑOS.
Eugenio Galindo.
Núm. 6.—VIDALITA.
Bachicha (I. B. Deambrogio).
Núm. 8.—ARRABAL. May Turgenova.
Núm. 10.—LLEVATELO TODO. Giliberti.
Núm. 11.—CARNE DE CABARET.
Imperio Argentina.
Núm. 13.—MOSQUITA MUERTA.
J. Manuel Calvi.
Núm. 14.—CANCIONERO.
Manuel Buzón.
Núm. 16.—BARRIO VIEJO. Guillermo Barbieri.
Núm. 18.—SIN ALMA. A. Celenza.

PEDIDOS A

BIBL OTECA FILMS, Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.